



Mi devoción a la Virgen¹

Fray Marie-Joseph Lagrange, O.P.

«En segunda clase, el día de la Anunciación [25 de marzo de 1870] me fue revelado que entraría en la Orden de santo Domingo»

«...sucedió que el mes de mayo de aquel año 1877 Dios me tocó el corazón... Un día que estaba yo en las clases de Longchamp, un amigo me dijo que había en mi casa un mensaje. Volví inmediatamente: este mensaje me daba malas noticias de mi familia. Desolado, fui a *Saint-Sulpice*, llegué hasta el fondo de la iglesia, a los pies de María. ¿Qué pasó? [“Oré largo tiempo fervorosamente añaden los *Souvenirs personnels*. Al salir ya no era el mismo”]. Algunos días más tarde compré un rosario y después volví a Bourg».

«Estaba yo a sus pies [del Niño Jesús], rogándole que me enseñara a cumplir su voluntad. Todo en mí buscaba esta vocación, cuyo secreto pedía a María.

[...] Terminado el retiro, volví para decir adiós a mis padres; estaban tristes; mi padre era ya víctima de una sorda persecución por clerical... Yo lo confié todo a la Virgen Negra, al Corazón Inmaculado de María, en mi último paso fugaz por la iglesia.

[...] infinitas gracias, gracias de verdad, y siempre por María; y, en los peores momentos, tu figura me sosiega: *Emissiones tuae paradisus*; y, a pesar de mi tibieza actual, mal incurable según los santos, espero en María, María me salvará. A ella le debo el haber conocido, después de seis meses de noviciado, día tras día, la presencia de Dios en el alma».

«Sálvame, mi buena Madre: se dirá que has sido buena y compasiva salvando a este pobre miserable llevándolo a tu Hijo... Sí, llévame a sus pies, confuso, arrepentido, deseoso de amarle, de darlo a conocer, de hacerlo amar».

«Que siga siendo un pequeño servidor de María, humilde y escondido...» (22 de septiembre de 1921).

«Tú me has rescatado, oh María. Soy, pues, vuestro liberado, vuestro servidor, vuestro hijo» (24 de septiembre de 1921).

«Dulcísima Madre, María Inmaculada, Reina del Santísimo Rosario: comienzo [L'Évangile de Jésus-Christ], para agradarte a Ti y por Ti a tu Hijo: ayúdame. Haz que lo conozca mejor; concededme que le ame y que, llegando a estar unido a sus sentimientos, tenga hacia ti su amor y su ternura; y puesto que soy tu esclavo, la docilidad y la entrega de un buen servidor... ¡Súplelo todo! San José, ruega por mí. Sto. Domingo, ayuda a vuestro hijo. [firmado:] fr. J.-M. Lagrange» (12 de junio de 1922).

«...después de mi bautismo, el 12 de mayo de 1855, me llevaron al altar de María y leyeron, poniendo una estola sobre mí, el evangelio *In principio...* Sí, desde entonces Tú me has impuesto esta tarea, me has hecho este honor, pues sabéis que me considero indigno del mismo (15 de julio de 1922).

«He releído las notas de mi Noviciado: ¡qué continua decadencia! En aquel tiempo, ¡qué diligencia, qué fervor! No puedo volver a aquello. Pero tal vez ahora conozco mejor mi debilidad y estoy más abandonado a la misericordia de Dios. Él podría abandonarme, ¡desde luego! Pero no lo hará... Oh buen Jesús, abandonar a un hijo de María....» (17 de octubre de 1925).

«Pero, bueno: ¿Cómo es posible que Vd. no haya sido condenado?», me decía el P. Lehu. En mi interior yo se lo agradecía a María, mi Madre; es lo que siempre hay que hacer. Magnificat, no tanto por mí, pues la humillación me habría beneficiado, cuanto por aquellos a quienes hubiera perjudicado...» (22 de octubre de 1925).

«He puesto especialmente en manos de mi Madre el resto de mi vida... Creo que ella ha aceptado... Nueva razón para no llevar a cabo ningún acto por propia decisión» (3 de abril de 1926).

«Así, pues, el 8 de septiembre me pongo nuevamente en manos de mi Señora y Madre: por eso no doy un

solo paso; la iniciativa tiene que venir de Ella. He dudado mucho si hacer un manual de crítica textual. Renuncio a ello [...].

«A vuestros pies, Madre tiernamente amada, Señora a la que quiero obedecer» (8 de septiembre de 1928).

«Me atormenta la idea de que no van a permitirme publicar L'Évanngile de J.-e. ¡Pues bien! No quiero irme a dormir, oh mi buena Madre, sin prometeros por escrito que, en ese caso, lo primero que haré será decir un Magnificat; lo segundo, someterme humildemente» (24 de octubre de 1928).

«Dulcísima Virgen María: renuevo mi entrega y mi esclavitud en vuestras manos. Pero *Monstra te esse matrem servi tui*» (14 de octubre de 1929).

1.- Notas tomadas de los escritos del P. M.-J. LAGRANGE sobre su devoción a la virgen María.